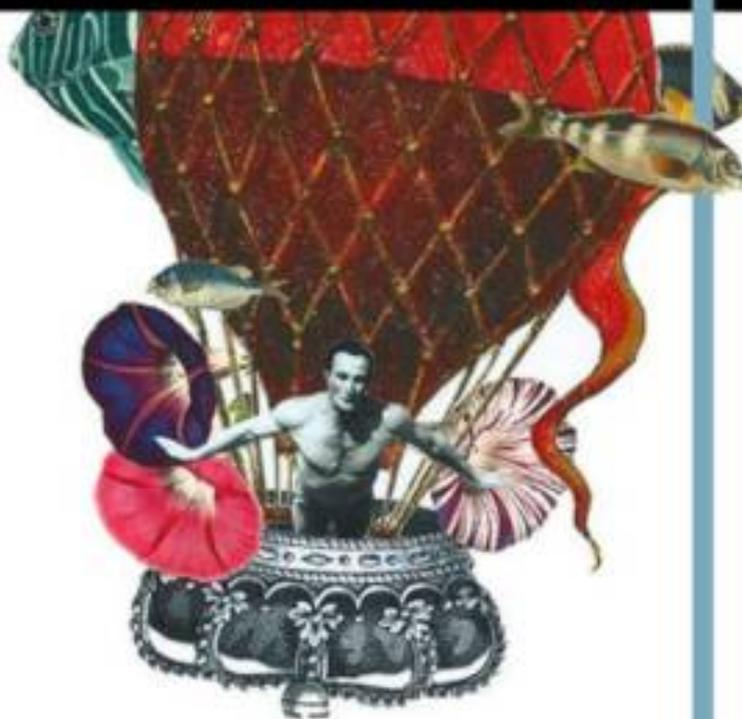


Alejandro Palomas

Quiero

Poesía reunida (2012-2018)



Emoción y reflexión conviven en los libros de poemas de Alejandro Palomas, reunidos en este volumen que suma a los tres ya conocidos —*Tanto tiempo* (2012), *Entre el ruido y la vida* (2013) y *Aunque no haya nadie* (2014)— un cuarto hasta ahora inédito, *Quiero*, definido por el autor como un pequeño viaje por el despertar a la segunda vida de un hombre que no tuvo una infancia entera y al que ahora, cumplidos los cincuenta, el tiempo le ha dado un respiro.

Al novelista, explica el poeta, le hace falta respirar con el aire de este otro que es y no es el mismo escritor, un aire más íntimo, más directo, menos elaborado. La del poeta es una voz distinta, tiene un color distinto, aunque su música se asemeja mucho a la del narrador. Desde siempre ha entendido la poesía como un *continuum*, y eso explica que aborde los poemarios —su escritura— como lo haría con una obra de ficción: hay un principio y un final, pero las partes forman un todo que no puede desgranarse. Se alimentan unas de otras en forma y fondo y están escritas para leerse en silencio, para no compartirse con ningún otro ruido que no sea el de la propia voz resonando en la cabeza de quien las recrea desde el vacío interior.

Para Rulfo,
mi perro blanco.
In memoriam

QUERER, DICE

Quiero es la suma de los tres poemarios que he escrito durante estos últimos años más el cuarto y último, que es además el que da título al libro y que he dado por concluido hace unos días durante un vuelo Barcelona-Bogotá. Todos han ido apareciendo entre novelas, colándose entre *Una madre*, *Un hijo*, *Un perro* y ahora *Un amor*, quizá porque al Alejandro novelista le hace falta respirar con el aire de este otro, un aire más íntimo, más directo, menos elaborado. La del poeta es una voz distinta, tiene un color distinto, aunque su música se asemeja mucho a la del narrador. Desde siempre he entendido la poesía como un *continuum*, no como un conjunto de poemas que pueden girar —o no— en torno a un tema, a un motivo o a una figura en concreto. Eso explica que aborde los poemarios —su escritura— como lo haría con una obra de ficción: hay un principio y un final, pero las partes forman un todo que no puede desgranarse. No son independientes ni divisibles. Se alimentan unas de otras en forma y fondo y están escritas para leerse en silencio, para no compartirse con ningún otro ruido que no sea el de la propia voz resonando en la cabeza de quien las recrea desde el vacío interior.

Este poemario es el reflejo de una evolución personal y también de un cambio en el planteamiento de mi mirada sobre la escritura. Sé y entiendo (hablo de entender con el plexo, no con la cabeza) que, ya cumplidos los cincuenta, viviré menos de lo que he vivido y eso, aunque parezca obvio, cambia muchas cosas: cambia los plazos, cambia la

elasticidad emocional, los tempos y los tiempos y sobre todo cambia las prioridades. Durante la primera mitad de mi vida me he dedicado a desbrozarme para encontrar respuestas que debían ayudarme a entenderme y a sobrevivir, no necesariamente en ese orden. Han sido largos años muy duros, años de lucha interna y observación constante. He sido un hombre interior. Ha habido tensión, una búsqueda sin cuartel de los caminos que debían ayudarme a identificar las voces que me habitaban y que no eran mías, que no nacían en mí pero que se imponían a las innatas, arrasándolas. Décadas dedicadas a cazar los «no quiero» y a convivir con ellos como convive el niño que tiene miedo, intentado saber qué no, por qué no, para qué no, desde dónde no. Vivimos gran parte de nuestra vida reconociendo lo que no forma parte de lo que somos ni de quién somos, lo adherido, lo ajeno, defendiéndonos de ello, en sombras. Durante años nos habitamos a medias, sobreviviendo con el poso que la infancia nos deja, apuntando despacio a la madurez. Entonces, tras mucho trabajo, llega un día en que la luz es distinta: la vida parece estar dentro, ser parte y no anexo o un efecto colateral del pasado. De pronto, estamos de pie en el presente y sabemos que ya no hay más «no quiero», que el niño está situado en lo que fue y que a partir de ese momento somos dueños de una voz que se atreve a creer que las palabras cuentan casi tanto como la voz y que desear es también real y —sobre todo— merecido.

Quiero es un pequeño viaje por el despertar a la segunda vida de un hombre que no tuvo una infancia entera y al que ahora, cumplidos los cincuenta, el tiempo le ha dado un respiro. La voz es mayor, el tiempo es parte de todo e importa poco y la soledad sienta bien. Ya no hay tensión sino alivio y la comunicación entre el plexo y el cerebro es fácil, armónica.

«Pensar es decir sin querer», dice la voz. Eso es la madurez: decir sin querer, sin temor a que lo que no es estropee y desvirtúe lo que es. Eso es la poesía después de los

cincuenta, porque los «noes» se gastaron de tanto usarlos y porque el poeta quiere oírse cantar y contar aunque no le escuche nadie más, aunque solo quede eco y al fondo, entre las sombras, se adivine la silueta del niño que por fin asoma a curiosear sin miedo, más entero.

Más niño.

Barcelona, 7 de mayo de 2018

TANTO TIEMPO

Yo canto.
No es invocación.
Solo nombres que regresan.

ALEJANDRA PIZARNIK

Quise aprender
el amor sin condiciones.
Amé.
Desamé.
Primerizo.
Voraz.
Dolió.
Repetí.
Insistí.
Amé más.
Distinto.
Dolió más.
Distinto.

(Descansé) (I)

Empeñado en descubrir.
Revisité.
Reincidí.
Busco lo incondicional,
anuncié.
Amé mayor.
Crecido.
Sobrado.
Mental.
Armado.
Desamé luego.
Sin dolor.
Fue peor.
Más menos.
Menos nada.

(Descansé) (II)

Quise vivir
la incondicionalidad
del amor.
Reinvertí.
Contraataqué.
Físico.
Corporal.
Callado.
Primario-primero-primero.
Amé y desamé.
Ordenadamente.
Contracturada
la mente.
Escoliosis de amor.
Sin fracturas.
Algún esguince.
Dolió regular.
Dolor regulado.
Fisioterapia.
Frío y calor.
Diez sesiones.
Bastó con seis.
Conservé el resto
para futuros quiebros.

(Descansé) (III)

No más.
Más tiempo, sí.
Descanso alargado
de hombre herido
salpicado de
heridas mayores.
Incoloras.